



VIGENCIA DE OCTAVIO PAZ



LUIS
FERNANDO
AFANADOR

Hay mucha injusticia alrededor de Octavio Paz. Quieren minimizar su legado, desacreditarlo y hasta ningunearlo. Recuerdo que en 1998, ocho meses después de su muerte, en la Feria del Libro de Guadalajara conocí a un escritor mexicano —de cuyo nombre no consigo acordarme— especializado en imitarlo y burlarse de él. Me sorprendió. No porque no me gusten las imitaciones o no supiera que en México todos los escritores tienden a ser solemnes y oficiales: Borges se burlaba de la seriedad con la que lo llevaron a ver la biblioteca en honor de Alfonso Reyes, llamada “la Capilla Alfonsina”. Lo que me sorprendió fue que la burla se convirtiera en odio. El mismo que, diez años atrás, había llevado a quemar una efigie de Octavio Paz, con el silencio cómplice de muchos intelectuales mexicanos.

En *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño —a la larga una novela mexicana—, Octavio Paz aparece como el patriarca de las letras y por lo tanto es blanco de sátiras e ironías. Dice un personaje que trabaja en la novela como su secretaria: “Otra de las cosas que hacía era preparar la agenda de don Octavio, llena de actividades sociales, que si fiestas o conferencias, que si invitaciones a inauguraciones de pintura, que si cumpleaños o doctorados *honoris causa*”. ¿Por qué uno de los intelectuales más prestigiosos de los años setenta es visto hoy en día de esa manera? Creo que hay varias razones: su figura mayestática, sus opiniones políticas y el descrédito de los eruditos.

Había algo obispal en la personalidad de Octavio Paz. En las entrevistas y en las intervenciones públicas parecía hablar desde un púlpito, sin derecho a réplica. En política, sus permanentes críticas a la izquierda terminaron forjando la idea de una persona reaccionaria. Algo injusto, si tenemos en cuenta su talante democrático. Lo obsesionaba el equilibrio de esa triada inventada por la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. En las democracias liberales falla la fraternidad y la libertad; en el socialismo real, falla la libertad y su “fraternidad” produce escalofríos. En su juventud, Paz abrazó las ideas revolucionarias, incluso llegó a escribir poesía comprometida: “Has muerto, camarada / en el ardiente amanecer del mundo”. En México simpatizó con el movimiento obrero, con la causa de Vasconcelos, y fue un activo defensor de la República española.

Octavio Paz también conversó sobre la modernidad, el progreso y la revolución desde la poesía. Como crítico y creador. Ahí están, sin envejecer, *El arco y la lira*, *Los hijos del limo*, *Piedra de sol* y *Blanco*.

Pero en los años cincuenta, al igual que Camus y muchos otros intelectuales, no pudo permanecer callado ante los crímenes del estalinismo. Y tampoco, años después, ante los excesos de Fidel Castro. “Yo trato de pensar, usted repite consignas”, le dijo Octavio Paz a Gabriel García Márquez a propósito de una discusión sobre Cuba. En varios de sus libros, Paz fustigó los regímenes socialistas por sus restricciones a las libertades. Otro tema obsesivo fue la crítica de la revolución, en la que una vez creyó. Y también, desde luego, la política mexicana. Fue crítico del PRI. Es notable su comparación de la estructura de poder del PRI y el diseño del Museo Nacional de Antropología, hecho en su libro *Posdata*. Su renuncia como embajador, después de la matanza de Tlatelolco, le dio un gran prestigio moral. Pero la política local desgasta hasta al más lúcido de los pensadores y no perdona: en su momento, haber creído que Carlos Salinas de Gortari era la salida al patrimonialismo y a los vicios del PRI fue un error craso. Pese a esto —equivocarse de buena fe es perdonable— la causa de la animadversión de sus coterráneos se origina quizás en el retrato profundo y descarnado que hace de ellos en *El laberinto de la soledad*. Los pueblos, como las personas, no aceptan que les digan quiénes son realmente. Los pueblos odian a quienes quieren liberarlos, decía Lampedusa.

El pensamiento de Octavio Paz fue una larga conversación con las ideas de modernidad, progreso y revolución. ¿A quién le interesan hoy esos temas? “O ya no entiendo lo que está pasando, o ya no pasa lo que estaba entendiendo”, decía Carlos Monsiváis, y esta afirmación sirve para entender la pérdida de vigencia de Octavio Paz y de otros autores. Ya no hay revoluciones, aunque la democracia real sigue estando en la agenda política, y ya no solo de Occidente, si tenemos en cuenta las primaveras árabes. Vivir para ver, Octavio: la utopía de los izquierdistas del siglo XXI es la democracia burguesa.

Pero, no se nos olvide, Octavio Paz también conversó sobre la modernidad, el progreso y la revolución, desde la poesía. Como crítico y creador. Ahí están, sin envejecer, *El arco y la lira*, *Los hijos del limo*, *Piedra de sol* y *Blanco*.

Todavía se le puede recomendar a un joven poeta que empiece por leer *El arco y la lira*. La poesía es la otra voz, tiempo y negación del tiempo, metáfora y, ante todo, ritmo:

Cada ritmo implica una visión concreta del mundo. Así, el ritmo universal de que hablan algunos filósofos es una abstracción que apenas si guarda relación con el ritmo original, creador de imágenes, poemas y obras. El ritmo, que es imagen y sentido, actitud espontánea del hombre ante la vida, no está fuera de nosotros: es nosotros mismos, expresándonos.

Ayudado por algunos conceptos de la antropología, la lingüística y la historia de las religiones, Paz demuestra cómo la poesía es una expresión de la condición original de los seres humanos. Contiene pasajes memorables de prosa, y estamos hablando de un autor que se distingue por la calidad de su prosa que, por cierto, borra las fronteras entre la poesía y el ensayo: ¿*El mono gramático* es un poema o un ensayo? *El arco y la lira*, no hay que olvidarlo, se escribe en una época en la cual la poesía ni siquiera se consideraba digna de análisis y el propio Sartre argumentaba que la poesía no era literatura.

Los hijos del limo es un intenso y lúcido recorrido por la historia moderna de la poesía, desde el romanticismo hasta las vanguardias y su conexión con la poesía hispanoamericana. La historia contada por un personaje implicado: él mismo, un poeta moderno, desgarrado entre la ironía y la analogía; entre la conciencia de la separación irremediable del mundo y el deseo de reunirlo nuevamente; entre la negación y la celebración de la poesía. Esta intuición lo había acompañado desde hacía años, como lo muestra el poema “Fábula”, del libro *Semillas para un himno* (1954):

Todo era de todos
Todos eran todo
Sólo había una palabra inmensa y sin revés
Palabra como un sol
Un día se rompió en fragmentos diminutos
Son las palabras del lenguaje que hablamos
Fragmentos que nunca se unirán
Espejos rotos donde el mundo se mira
destrozado

Blanco es una partitura para leer el mundo. Una mandala en movimiento que se despliega ante nuestros ojos.

La pasión ilumina los ensayos de Paz, los vuelve un asunto personal, una necesidad vital que aligera la gran cantidad de referencias y citas. No es un erudito; tampoco es un mero divulgador, gracias a la pasión que lo domina y nos contagia. Sus preguntas no son muchas, son persistentes. Así como sus reflexiones políticas fueron un diálogo con la izquierda, sus reflexiones poéticas, según le confesó en una de sus últimas entrevistas a Enrico Mario Santí, no son más que un diálogo con Quevedo que empezó en su infancia, incluso antes de entenderlo:

También, por eso, me interesó Quevedo, porque es un poeta religioso negativamente. Es decir, yo no podría aspirar a tener la sublimidad de San Juan de la Cruz, que es el poeta de la unión con Dios. Pero Quevedo es el poeta de la separación de Dios. Y es un poeta muy moderno, lo cual a mí me afectó profundamente, quizá, por razones personales, en mi biografía intelectual, si tú quieres... Toda mi vida he tenido un diálogo con Quevedo.

Piedra de sol, ese largo poema de 584 versos endecasílabos, pleno de ritmo y de imágenes rutinantes, que termina donde ha empezado, evocando el eterno retorno y el calendario solar de los aztecas, es una ambiciosa propuesta para escapar del tiempo histórico y alcanzar el ser:

[...] no soy, no hay yo, siempre somos nosotros
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y nos desgasta
hambre de ser, oh muerte, pan de todos.
[...]

“La vivacidad, la transparencia”, se titula un brillante ensayo de Guillermo Sucre sobre Octavio Paz. La vivacidad que no significa ningún hedonismo sino la conciencia del instante, de su fragilidad y de su plenitud. Viejo y enfermo, seguía repitiéndolo en las entrevistas como una suerte de testamento: “Quienes nos hemos dedicado al arte de la palabra podemos decirle algo al hombre de hoy: que lo importante no es vivir hacia el futuro, ni nostálgico del pasado, sino vivir intensamente este instante porque este instante es los tres tiempos y en este instante está nuestra ración de eternidad”. Si la noción de “vivacidad” y su idea del ser vienen de una lectura temprana de Heidegger, la de “transparencia” resulta de su larga residencia en la India:

Shiva y Parvati:

La mujer que es mi mujer
Y yo,
Nada les pedimos, nada
Que sea cosa del otro mundo:
Sólo
La luz sobre el mar,
La luz descalza sobre el mar y la tierra dormidos.

¿Se puede ir más lejos que *Piedra de sol*? Sí, en *Blanco*, un poema que todavía es un mecanismo inagotable de sentido, Octavio Paz profundiza en la visión de la transparencia:

El mundo
Es tus imágenes
Anegadas en la música
Tu cuerpo
Derramado en mi cuerpo
Visto
Desvanecido
Da realidad a la mirada

Blanco es una partitura para leer el mundo. Una mandala en movimiento que se despliega ante nuestros ojos. Un cuerpo de palabras que es un cuerpo de mujer y también el cuerpo del universo. Una presencia que al tocarla se desvanece para aparecer de nuevo. Es una danza de signos, una experiencia que trasciende el lenguaje, como toda gran poesía. “Por la pasión se enlaza el mundo y por la pasión se libera”, dice un texto tántrico que es uno de los epígrafes del poema y, acaso, su mejor comentario.

La personalidad de Octavio Paz, antipática para algunos, entrañable para otros, quedará como un puñado de anécdotas que se irán desvaneciendo y nos permitirán, cada vez, apreciar mejor su obra. Su obra: lo único que importa. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.